

PSICOANÁLISIS Y PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD. PERSPECTIVAS PARA LA INTEGRACIÓN

M^a Dolores Díaz-Benjumea



Desde hace más de medio siglo, el psicoanálisis ha recibido de forma continuada múltiples críticas por parte de la psicología académica, acusado de no tener estatus científico. Estas críticas a su vez han provocado una reacción desde dentro del paradigma psicoanalítico, consistente en cerrarse sobre sí mismo, considerándose ajeno a normas a las que cualquier disciplina está obligada, como es la de ir probando y contrastando sus hipótesis.

Sin embargo, es llamativo que las críticas que se hacen al psicoanálisis desde fuera se centran en aspectos de la teoría y de la técnica que no se corresponden con lo que éstas son en la actualidad. Se centran en el estado de la disciplina tal como era a principios del siglo XX, y no en cómo es ahora. Se manifiesta así un profundo desconocimiento de cómo ha ido evolucionando la teoría y la técnica a lo largo de los años, y de las aportaciones de muchos autores. Por otra parte se omite toda la corroboración que se está produciendo desde la psicología experimental de la descripción freudiana del funcionamiento del psiquismo, es decir, la psicología cognitiva psicoanalítica.

Autores prestigiosos dentro del campo de la personalidad (Caprara y Cervone, 2000) resaltan por un lado el interés de contar con las aportaciones del psicoanálisis, pero por otro lo ven una tarea de momento difícil. En este artículo pretendemos evaluar el estado actual de las teorías y técnicas psicoanalíticas, para concluir que en este momento la relación entre esta disciplina y la psicología académica es no sólo deseable, sino posible. Un gran número de autores ha contribuido desde dentro del psicoanálisis a esta apertura. Por otra parte, desde otros campos, como por ejemplo la neurociencia, se está reconociendo cada vez más la vigencia y la validez del psicoanálisis como teoría de la personalidad y como técnica psicoterapéutica.

Procederemos del siguiente modo: en primer lugar iremos viendo los desarrollos recientes que, en el psicoanálisis, o bien en la psicología, abonan el camino para una interrelación. Por una parte porque muestran que muchas propuestas psicoanalíticas clásicas son plenamente actuales según los últimos desarrollos de la psicología experimental, la neurociencia y la filosofía. Y por otra, porque en el psicoanálisis se está dando una rica producción teórica en el sentido de actualización y revisión de postulados antiguos, lo que lo convierte en

algo más actual de lo que la mayoría de los psicólogos de otros campos piensan. Para esto nos centraremos en temas que son significativos en la psicología de la personalidad, como son los procesos mentales inconscientes, la motivación o las teorías del desarrollo. En segundo lugar, puesto que el marco específico de investigación desde el cual el psicoanálisis aporta sus teorías de la personalidad es el ámbito clínico, analizaremos la técnica psicoanalítica, para ver que hoy día es diferente de lo que fue en su origen, de modo que tampoco se corresponde con la idea que desde fuera se tiene.

Mostraremos aquí que los supuestos psicoanalíticos sobre el funcionamiento mental están siendo en su mayor parte corroborados por la psicología experimental.

La existencia de procesos mentales inconscientes -pensamientos, emociones, y motivaciones- es hoy día un hecho en el que hay consenso en la psicología. El consenso es tan contundente que no deja lugar a debate, y así lo han señalado ya psicoanalistas y psicólogos de la personalidad (Westen, 1999).

Pero no sólo se trata de la existencia de los procesos inconscientes, además está el hecho de que las características de funcionamiento del psiquismo inconsciente descritas desde la psicología cognitiva muestra un paralelismo llamativo con el inconsciente freudiano. Puede hablarse de corroboración de teorías psicoanalíticas, y también de revisión de clásicos conceptos psicoanalíticos a la luz de los nuevos conocimientos. Muchos trabajos en esta línea se encuentran en la literatura, (Clyman, 1991; Westen, 1999; Davis, 2001).

La descripción que del inconsciente hace el cognitivismo coincide con el proceso primario psicoanalítico (Díaz-Benjumea, 2001). El trabajo de Froufe (1997) *El inconsciente cognitivo* ofrece la oportunidad de comparar las características de ambos inconscientes, el cognitivo y el psicoanalítico. Los procesos inconscientes no se ven ahora como una versión débil de los conscientes, sino con diferencias cualitativas, y salta a la vista el paralelismo con las dos formas alternativas de pen-

Los procesos mentales inconscientes

samiento que Freud describió en sus trabajos de metapsicología: proceso primario y proceso secundario.

La descripción cognitiva del procesamiento inconsciente queda bien reflejada en la vertiente más moderna del cognitivismo, el modelo *conexionista*. También este modelo refleja las características del proceso primario de Freud.

Por el lado de la neurociencia, la concepción actual de que el cerebro funciona modularmente (Gazzaniga, 1985), es decir, no de manera homogénea, serial y unificada sino con múltiples sistemas que realizan procesos mentales paralelos entre los que se alcanza cierta sincronía, es consistente con la idea de Freud de que la mente constaba de procesos divergentes y contradictorios que daban lugar a conflictos, que a su vez por un proceso natural de síntesis producía síntomas, rasgos del carácter o sueños, como formaciones que significan una transacción entre esas múltiples tendencias. Experimentos claves como los de Gazzaniga con sujetos con el cerebro dividido han venido a demostrar experimentalmente mecanismos defensivos freudianos, como la racionalización.

La concepción actual de la memoria y los múltiples tipos de inconsciente psicoanalítico

Freud, en sus escritos de metapsicología (1915a, 1915b, 1923) planteó la existencia de hay diversos tipos de inconsciente. Estaba el inconsciente propiamente dicho, cuyo funcionamiento se reflejaba claramente en los sueños, en los síntomas neuróticos o en formaciones de la vida cotidiana como los chistes o los lapsus. Pero estaba también el preconscious, que funcionaba con el tipo de proceso llamado secundario, propio de la conciencia, aunque sus contenidos no eran conscientes, pero si potencialmente conscientes, dispuestos para hacerse conscientes en el momento en que se les prestara atención. Conforme fue elaborando su teoría, la práctica clínica le iba haciendo ver la enorme complejidad del psiquismo, lo que se iba reflejando en su modelo, de modo que su concepto de inconsciente se fue haciendo cada vez más complejo. No todo lo inconsciente funciona de acuerdo a las reglas que había establecido para el proceso primario, ya que

hay un inconsciente que contiene ideas abstractas y verbalizables, pero de las que también nos defendemos.

Esta multiplicidad de procesos que pueden ser inconscientes ha sido después desarrollada por otros autores, dando lugar a una variedad de fenómenos que tienen su reflejo en la técnica que hay que usar en la terapia para tratarlos. Existe un inconsciente para el que hay que aportar símbolos, ya que la persona nunca ha tenido una representación verbalizada de determinadas emociones, es decir, las emociones inundan, pero no hay representación mental ideativa del fenómeno. Existe un inconsciente de ideas abstractas, de creencias matrices abarcativas que dan lugar a concretizaciones, como la idea general -"algo malo puede ocurrir en cualquier momento", o "si expreso mi debilidad dejarán de reconocerme"- pueden llevar a interpretaciones concretas de una determinada situación. Y existe el inconsciente con características propias de funcionamiento, como dijimos anteriormente, en el que se da la contradicción, desplazamiento de la valoración afectiva entre las representaciones, condensación, etc.

Pues bien, esta multiplicidad con la que el psicoanálisis trabaja tiene su correlación en la nueva concepción que desde el campo de la psicología cognitiva y la neurociencia se ha desarrollado sobre la memoria.

La memoria se concebía antes como una estructura homogénea, pero hoy se ve como una multiplicidad de sistemas, cada uno caracterizado por diferentes modos de procesamiento, y que además dependen de distintas estructuras cerebrales.

La primera gran diferenciación es la que se hace entre *memorias declarativas* y *no declarativas*. La memoria declarativa o explícita codifica información que es susceptible de ser recordada, o sea, de hacerse consciente. Las memorias no declarativas se denominan también implícitas, porque se caracterizan porque la información no es susceptible de hacerse consciente. La constatación, primero a través de los enfermos amnésicos y después estudiada experimentalmente, de la existencia de memorias implícitas, supuso un hito importante en el posible acercamiento de los dos paradigmas, el cognitivo y el psicoanalítico.

Uno de los tipos de memorias no declarativas es la *memoria procedimental*. La memoria procedimental se describió en principio como memoria de acción, como saber cómo en vez de saber qué. Su exis-

tencia vino de la observación de que los pacientes amnésicos por daño orgánico cerebral seguían siendo capaces de aprender tareas psicomotrices, aunque no recordaran nada del momento en que las habían aprendido. Habían perdido su memoria episódica por completo, pero mantenían intacta su capacidad de aprender tareas. Pero lo característico de esta memoria es que no es cognitiva, en el sentido de que no se recuerdan contenidos mentales, sino modos de computar los contenidos, formas de procesarlos.

Pues bien, el descubrimiento de la memoria procedimental está siendo utilizado en psicoanálisis para explicar toda una serie de fenómenos que han sido descritos desde Freud, precisamente los fenómenos que se describían dentro del proceso primario freudiano. Entre estos fenómenos están los mecanismos de defensa, por los que las personas nos defendemos de estados displacenteros a través de reacciones psíquicas como convertir una emoción en otra (como la tristeza en agresividad), o a través de sustituir una motivación por otra (por ejemplo en la satisfacción compensatoria, en la que ante una frustración en un área motivacional el sujeto siente afán por ejemplo de comer), o en la sustitución de una representación por otra (como en la proyección, por la que la representación de uno como agresivo es convertida en la identificación del otro como agresivo). De manera que los mecanismos de defensa clásicos descritos por la teoría psicoanalítica pueden ahora ser descrito desde términos cognitivos como formas de computo de información retenidas como memoria procedimental.

Otros fenómenos han sido también vistos como almacenados procedimentalmente, como el concepto psicoanalítico de *compulsión a la repetición*, por la cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, que es descrita por Clyman, (1991) como búsqueda de submetas maladaptativas para alcanzar objetivos últimos adaptativos. Y por otro lado, las reacciones basadas en el funcionamiento procedimental no sólo explican habilidades intrasubjetivas, sino intersubjetivas, es decir, habilidades reactivas en la relación con los otros, desarrolladas desde el principio de la vida entre el niño y sus figuras significativas, que estructuran el carácter y el modo en que después se va a llevar la relación cuando otras personas funcionen como estímulo de esa memoria (Stern y otros, 1998).

El concepto cognitivo de memoria procedimental ha llevado a una reconcepción en el psicoanálisis de la teoría de la cura. Hacía ya tiempo que se consideraba que la toma de conciencia era sólo uno de los pilares de la psicoterapia, mientras que el tratamiento funcionaba también como una experiencia emocional correctiva. Pero ahora se considera que esa experiencia correctiva consiste en un trabajo de transformación directa de lo inconsciente, creando nuevas experiencias significativas a través de la propia relación terapéutica, que quedarán fijadas en la memoria procedimental.

Otra memoria no declarativa o implícita, es la *memoria asociativa o emocional*. Esta ha sido muy estudiada por los neurocientíficos, como LeDoux (1996), y Damasio (1994, 1999). Los trabajos de neurociencia están siendo de la mayor importancia a la hora de reafirmar las tesis psicoanalíticas, y esto ocurre porque la psicología cognitiva no está interesada especialmente en las emociones y motivaciones, sin embargo los neurocientíficos están trabajando cada vez más el campo del procesamiento emocional, y sus resultados están corroborando ampliamente las tesis psicoanalíticas.

Por citar algunos estudios muy significativos, el descubrimiento de LeDoux de la doble vía neurológica de procesamiento en el cerebro, una emocional, a través de la amígdala cerebral, más rápida, y otra ideativa. Con este descubrimiento el obstáculo lógico que se oponía a la represión -¿cómo puede uno defenderse de algo que no ha percibido?- ya está superado: la percepción emocional es previa a la ideativa, y no implica toma de conciencia, de modo que puede ponerse en marcha mecanismos defensivos evitativos de la emoción antes de tener conciencia de la misma.

El hecho de que los dos tipos de procesamiento de un evento, emocional y declarativo, sean distintos, también lleva a la consideración de que la representación declarativa puede no ya haberse reprimido, sino no existir, en cuyo caso se explican los casos clínicos en los que el psicoanálisis propugna la falta de simbolización, y la necesidad en la terapia de aportar inscripciones simbólicas de eventos que no existen con anterioridad, ya que lo único registrado es la reacción emocional asociada a un estímulo por condicionamiento clásico.

El trabajo de LeDoux muestra, además que la base de la terapia analítica clásica hacer consciente lo inconsciente- tiene un valor terapéutico que hoy puede explicarse neurológicamente. Hacer consciente lo inconsciente significa en términos neurológicos reforzar las vías sinápticas entre la corteza y el núcleo amigdalino, base de la memoria emocional, de manera que el conocimiento sobre lo que nos afecta y nuestras reacciones abran la posibilidad de regular el proceso emocional y así su desencadenamiento de emociones negativas como miedo o agresividad, si bien no se elimine por completo, sí se reduzca en cantidad y tiempo.

El neurocientífico Damasio (1994, 1999) ha mostrado la implicación que tiene la vida emocional y motivacional en el surgimiento de la conciencia. El autor plantea la hipótesis del *marcador somático* por el cual, cuando hemos de tomar una decisión experimentamos un sentimiento a la vez que la representación de la probable solución que pensemos. Los marcadores somáticos se generan a través de aprendizaje asociativo, conectando emociones y sentimientos a resultados futuros predecibles. Este sentimiento "marca" la imagen representada con una tonalidad de la emoción correspondiente, y lo llama somático porque el sentimiento se produce en el cuerpo.

El marcador somático presenta un paralelismo con el concepto freudiano *angustia señal* freudiana. Freud propuso en "Inhibición síntoma y angustia" (1926) que el desencadenamiento de la angustia puede funcionar como señal, como un "símbolo afectivo" de una situación que todavía no está presente y que se trata de evitar. La diferencia entre el marcador somático y la angustia-señal es que el concepto de Damasio es aplicable no sólo al afecto negativo, sino que genera una tonalidad afectiva que marca una representación evocada, con afectos de cualquier índole. Los marcadores somáticos son "como un sistema de calificación automática de predicciones que actúa, lo queramos o no, para evaluar los supuestos extremadamente diversos del futuro anticipado ante nosotros" (Damasio, 1994, p. 166). Damasio explica con este supuesto muchos fenómenos, como la elección de acciones cuyas consecuencias inmediatas son negativas pero que generan resultados futuros positivos: la fuerza de voluntad o el comportamiento altruista. También explica la intuición, y puede considerarse que el marcador

somático forma parte de las habilidades para las relaciones interpersonales hoy englobadas en psicología evolutiva bajo el concepto de Teoría de la Mente (Rivière y Núñez, 1996). La represión puede explicarse también bajo este concepto, ya que sería una reacción automática producida por la angustia señal, el tipo de marcador somático, solo que lo que se evita no pertenece al mundo externo, sino el interno.

En cuanto a la *memoria declarativa o explícita*, a su vez no es unitaria, sino que está compuesta de memoria episódica, por un lado, y semántica, por otro. La memoria semántica se refiere a hechos de carácter general, con ella nos representamos el mundo de forma organizada, estructurada, con relaciones jerárquicas de inclusión, pertenencia, causalidad, etc., es decir, con contenidos organizados conceptualmente. La memoria semántica puede generar y manejar información que nunca se ha aprendido explícitamente, pero que está implícita en sus contenidos, o sea, posee capacidad inferencial, lo que quiere decir que se hacen inferencias inconscientes.

Pues bien la memoria semántica es equiparable a un tipo de inconsciente con el que se trabaja en psicoanálisis, descrito por Bleichmar (1986) con el nombre de *matrices inconscientes* que generan por sí mismas información. Este autor propuso un tipo de inconsciente que es descriptivo, que maneja representaciones que operan con la lógica propia de la conciencia, es decir, del sistema secundario freudiano, creencias abstractas, generales, que son autogenerativas porque bajo su significado se van generando nuevas creencias. Esto por otro lado no se produce guiado por motivación alguna, sino por el propio automatismo del inconsciente.

Ahora bien, no todo lo que el psicoanálisis está recibiendo de otras aproximaciones está corroborando sus propuestas. Hemos dicho que en la psicología cognitiva se afirma que existen memorias implícitas o inconscientes que fundamentan nuestro psiquismo y se desarrollan precozmente, y que la descripción de estas memorias coincide que la descripción que hizo Freud del psiquismo inconsciente hace cien años. Pero él estableció, además, que lo inconsciente *lo era porque había fuerzas motivacionales implicadas*. El sistema inconsciente del psicoanálisis se explicaba por la necesidad de mantener fuera de la conciencia contenidos mentales indeseables para el sujeto. Hoy en día lo que se

ve es que el psiquismo inconsciente es el modo de funcionamiento propio de una gran parte de nuestra mente, *sean sus contenidos reprimidos, conflictivos, o no lo sean*. Este hecho es el que ahora necesita el psicoanálisis asimilar, no para abandonar su marco de explicación básico, pues este ha resultado extraordinariamente fructífero, pero sí para conocer los límites de ese marco explicativo (Westen, 1999).

Teorías psicoanalíticas de la motivación: de la pulsión freudiana a los múltiples sistemas motivacionales

El concepto de pulsión que Freud usó tiene hoy expresión en el concepto de motivación. En la actualidad, una importante línea de las teorías psicoanalíticas actuales no se adscribe a la idea de que la organización pulsional del ser humano es dual. Ya no se mantiene la concepción de Freud, por otra parte propia de su época, de considerar que hay una o dos pulsiones básicas -libido y autoconservación, o en la teoría posterior, libido y agresividad- a partir de las cuales se derivan las demás. La misma idea de modularidad que hemos indicado está presente en la neurociencia (Gazzaniga, 1985), en la psicología cognitiva (Gardner, 1983), y en la filosofía de la mente (Fodor, 1983), en psicoanálisis se ha aplicado al campo de la motivación y se asume la concepción de que existen múltiples sistemas motivacionales diferenciados, separables, articulados entre sí. Diversos autores han trabajado este planteamiento que cada vez está más asentado teórica y prácticamente (Stern, 1985, Lichtenberg, 1992, Bleichmar, 1997). Este cambio en la concepción del aspecto motivacional humano ha sido enormemente fructífero, ya que lleva a poder superar muchas formas de reduccionismo en que se caía a la hora de describir patologías. Efectivamente, si cada escuela teórica resaltaba una pulsión como la decisiva, tendía a ver de ese modo cualquier cuadro clínico que se le presentaba, no dando margen a enfrentarse con la enorme complejidad y diversidad del ser humano también en este campo, el motivacional. A lo largo de la historia del psicoanálisis, que abarca todo el siglo XX, cada autor resaltó un tipo de pulsión como la básica, si Freud resaltó la sexualidad, otros psicoanalistas resaltaron otras, como la agresividad (Klein, 1946), el narcisismo o autoestima (Kohut, 1971), o

el apego (Bowlby, 1979), y en cada caso se tendía a considerar que esa motivación era la más importante, la básica en la jerarquía, a partir de la cual las demás eran derivaciones. El modelo de los múltiples sistemas motivacionales concibe sin embargo el tema de otro modo, ya que ve que estas múltiples dimensiones están presentes en todo ser humano, pero tienen distinta fuerza, distinto desarrollo, y además están relacionadas entre sí dando lugar a distintas articulaciones y estructuras motivacionales, en cada uno de nosotros. Aunque aun no hay completo acuerdo entre cuáles son los sistemas motivacionales básicos, lo importante es el cambio de modelo. Se considera que los distintos sistemas motivacionales movilizan distintos tipos de deseos - de autoconservación, sexuales, narcisistas, agresivos, de apego, de evitación del displacer, etc. A su vez, la interrelación de estos puede llevar tanto a coincidencia como a contraposición entre los mismos, produciendo ansiedades de diversos tipos que dan lugar a su vez a modalidades defensivas específicas frente a estas ansiedades, todo lo cual lleva a caracterizar la personalidad concreta de cada cual.

Resumiendo, la nueva concepción de los múltiples sistemas motivacionales independientes pero relacionados y entrelazados de diferentes modos, desde la sobresignificación de unos por haber otro implicado, hasta el conflicto entre ellos, o la expresión manifiesta y consciente de uno para ocultar un deseo que corresponde realmente a otro, aporta un marco explicativo mucho más en consonancia con la visión modular de la mente, y se identifica más con un paradigma de la complejidad (Morin, 1990) acorde con nuestro tiempo. La clásica teoría de la pulsión de Freud, muy marcada por la visión fisicalista de la época, está siendo sustituida. Sin embargo, permanece el énfasis que el psicoanálisis da a las motivaciones, especialmente inconscientes, frente a los procesos cognitivos, como explicación causal las actitudes y los comportamientos humanos. Pero ahora entendiéndolas como sistemas múltiples y complejos de necesidades básicas universales compartidas por todos los seres humanos, que se van modelando en el desarrollo a través de la interacción social. En este sentido, la importancia del fundamento biológico que estaba presente en la original visión freudiana ha disminuido, dando más lugar a la naturaleza social de los motivos. Los diversos sistemas motivacionales van dando lugar

a diferentes estructuras de personalidad, según el tipo de deseo que se privilegie, la modalidad en que se exprese ese tipo de deseo, la intensidad con que se vivencie, o los conflictos a que den lugar en la interrelación de unos con otros. Puede decirse que, sin negar la importancia de las diferencias, disminuye la distancia con propuestas teóricas de la motivación que provienen de la psicología, más centradas en el concepto de meta (Pervin, 1996).

La psicología genética del psicoanálisis

Los trabajos de la psicología evolutiva de las últimas décadas sobre el desarrollo de las capacidades simbólicas a partir del nacimiento han venido a mostrar una idea de neonato muy diferente a la que había antes. Especialmente los trabajos del interaccionismo simbólico por un lado y por otro los referidos al desarrollo de la intersubjetividad a través del concepto de Teoría de la Mente (Rivière y Núñez, 1996). En todos esos estudios, lo que se muestra es un neonato que desde el primer momento es un ser social, preparado genéticamente para entrar en contacto con sus congéneres, marcado por la relación interpersonal con los otros desde el comienzo, a través de la cual va a estructurar su propio psiquismo y su manera de estar en relación con los otros el resto de la vida. En todos estos trabajos se resalta la importancia de la interacción normal, o exitosa, y hacen incapié en la participación activa de la madre para dar significados, completar las acciones del hijo, estar pendiente de lo que pasa por la mente del bebé, adaptarse a él e introducirse en sus ritmos.

En principio estos desarrollos vienen a apoyar planteamientos generales con los que el psicoanálisis siempre ha trabajado. La confluencia entre psicología genética y psicoanálisis consiste en la importancia de la relación con las personas significativas para el desarrollo simbólico o cognitivo, la especial motivación para la relación humana en el niño desde el principio de la vida, la importancia de la función materna y el papel del propio mundo simbólico del progenitor en la génesis del psiquismo del niño, con su atribución de significados que provienen de sus propias representaciones y expectativas.

Por otra parte, las investigaciones sobre la memoria procedimental muestran que ésta se desarrolla desde el principio del nacimiento, con lo cual aunque no haya recuerdo episódico de las primeras experiencias hasta pasados los primeros años, se corrobora el planteamiento psicoanalítico de que las primeras experiencias interpersonales marcan la personalidad y el modo específico de interacción posterior. Las memorias no declarativas están implicadas en fenómenos como la transmisión de estados emocionales entre madres y bebés mucho antes de existir lenguaje o desarrollo simbólico, lo que a su vez condiciona el propio proceso de desarrollo (Stern y otros, 1998; Lyonn-Ruth, 2000)

La teoría de Freud partía de una concepción del infante humano centrada en sí mismo, así como de la fuerza pulsional como bagaje innato. Freud, al igual que Piaget, tenía un modelo de psiquismo infantil "de dentro a fuera" y el bebé pasaba por una etapa de narcisismo y autoerotismo antes de dirigir su libido hacia el otro. Pero el psicoanálisis posterior fue haciendo cada vez más aportaciones que implicaban un cambio de enfoque. Ya en 1944, Fairbairn (citado por Bleichmar y Leiberman, 1989) planteó que el infante no busca al otro para satisfacer una necesidad fisiológica, sino que hay una necesidad directa, previa, del otro, y es en esa relación donde se modulan las pulsiones. A partir de ahí, la literatura psicoanalítica ha sido rica en aportaciones sobre funciones específicas que el otro significativo tiene en el desarrollo del psiquismo incipiente del bebé.

Sin embargo, aquí termina la zona de confluencia. Las teorías genéticas del psicoanálisis son el área más especulativa y menos compartida por los propios psicoanalistas. Poner en relación ambas aproximaciones -psicología evolutiva y psicoanálisis- ha hecho necesaria una revisión de muchos supuestos clásicos de este último (Díaz-Benjumea, 2001).

Efectivamente, la psicología evolutiva psicoanalítica es la que peor resiste el paso del tiempo. Como señaló Stern (1985), se basó en un enfoque patomórfico, frente al enfoque normativo característico de la psicología evolutiva. Los psicoanalistas se enfrentaban a un cuadro clínico e intentaban explicarlo retrocediendo en el tiempo y elaborando una hipótesis sobre una fase normal a partir de dicho cuadro. Por el

contrario, un enfoque normativo no comienza el estudio a partir de la patología sino de la normalidad. El enfoque psicoanalítico es además adultomórfico, frente al prospectivo de la psicología evolutiva, en tanto se estudia directamente al niño para inferir su subjetividad y no se hace a través del adulto.

Estos cambios de enfoque cambian la visión del desarrollo, apartando al psicoanálisis de un cierto inmovilismo, a la vez que rescata todas sus intuiciones y aportaciones. Es lo que de hecho hace Stern (1985, 1995) en sus investigaciones directas con niños y padres, en las que combina el método experimental con el psicoanalítico. Por una parte observa directamente la interacción entre padres e hijos y analiza grabaciones en las que pueden estudiarse las reacciones en fracciones de segundos; por otra parte, por su calidad de psicoanalista, se diferencia de otros investigadores evolutivos en que se sitúa dentro del mundo interior del sujeto, en este caso el bebé y sus padres, intentando comprender qué pueden estar sintiendo en cada momento de esa interacción.

Por otro lado hay que tener en cuenta que, si bien en la práctica muchos autores siguen manejando términos clásicos, en muchos casos no se les da ya a estos términos el significado original que tenían en el marco teórico en que fueron creados, quedando ya tan sólo un significado metafórico sin ninguna implicación con las suposiciones sobre el desarrollo que el autor que los creó tuvo en mente. Por ejemplo, se puede utilizar en la jerga psicoanalítica la expresión "personalidad oral" para referirse a una personalidad dependiente sin que esto implique en el que usa esta expresión comparta la visión evolutiva en la que ésta se creó -la fijación a una etapa del desarrollo de la libido, etc.

De modo que lo más importante a hacer en el psicoanálisis no sólo es la revisión de las teorías clásicas, sino el acuerdo entre los autores en ir diferenciando en los historiales clínicos y en las publicaciones teóricas el significado de sus propios términos, y aclarando lo que son interpretaciones basadas en datos observables o por otro lado reconstrucciones genéticas. Y esto porque éstas implican una serie de supuestos que hoy día no son de aceptación generalizada dentro de esta misma disciplina. Quizá uno de los problemas mayores que tiene el psicoanálisis para integrarse en la psicología como una rama más del

conocimiento es hacer esa reestructuración interna, que supone un esfuerzo de rigurosidad terminológica. Los psicoanalistas no están acostumbrados a dirigirse al mundo de fuera, sus publicaciones han estado por tanto viciadas por la presuposición de creencias compartidas. En este sentido, es valiosa la propuesta de Spence (1982) de *naturalizar* los historiales clínicos, refiriéndose al hecho de que para hacer nuestro trabajo asequible al mundo es necesario incluir explicaciones pormenorizadas de qué nos ha hecho interpretar cada situación de la manera que lo hicimos.

La visión psicoanalítica de la personalidad sigue estando dentro de las teorías que se aportan desde el ámbito clínico, lo que marca sus características. Sin embargo, también el aspecto clínico del psicoanálisis, la técnica terapéutica, es muy diferente en la actualidad de cómo era en sus comienzos, y en este aspecto tampoco se le hace justicia cuando se critica desde fuera. Los críticos suelen mostrar un profundo desconocimiento de las técnicas actuales de los terapeutas psicoanalíticos, y tampoco desde el psicoanálisis se ha ayudado mucho a aliviar este error, por el hermetismo que ha caracterizado la disciplina durante muchos años como defensa frente a las acusaciones externas. Indudablemente no ha sido una buena forma de defenderse.

Para empezar, el énfasis que se le dio durante la primera época del psicoanálisis al recuerdo no se corresponde con los objetivos actuales. Ya en tiempos de Freud, se produjo un cambio en la importancia que se daba al hecho de que las pacientes recordaran episodios concretos de su pasado, cuando introdujo la hipótesis de que los recuerdos de haber sido seducidas de sus pacientes podían haber sido provocados por sus propias fantasías y deseos. Este cambio se volvió cada vez más importante, sobre todo desde que en 1912 introdujo el concepto de *transferencia*. Tal como se la veía entonces ésta era la específica relación que el paciente establecía con el terapeuta, basada en sus propios deseos y creencias, desarrollados a través de la relación con las figuras significativas del pasado. La transferencia empezó viéndose como una forma de recuerdo de un pasado reprimido.

Cómo trabaja el psicoanalista de hoy

El cambio fue importante, y el estudio de la transferencia llegó a ser lo más característico de la técnica psicoanalítica, sustituyendo al énfasis en el recuerdo. Esto responde a críticas que desde dentro del psicoanálisis se han realizado a la técnica clásica. Spence (1982) resaltó las dificultades que hoy día plantea la veracidad de los recuerdos episódicos que surgen en el análisis, tras la demostración por la psicología experimental del carácter distorsionante que tiene cualquier experiencia posterior sobre los recuerdos originales. Este autor denunció el realismo ingenuo en que cayó Freud y los psicoanalistas de la primera época, pensando que el psicoanalista investigaba una mente que estaba ahí, tal cual, lista para ser descubierta como si se tratara de un objeto material, sin darse cuenta de que la propia mente del paciente interpreta los sucesos pasados al ser puestos en palabras, y sobre todo el propio analista influye con su propio bagaje de recuerdos, creencias y disposiciones, en el material que cree descubrir. Los significados más que ser descubiertos, dijo Spence, son creados por el propio terapeuta.

Pero hoy en día la técnica se basa en el aquí y ahora, y recordar ya no es condición esencial del trabajo analítico. En la actualidad se trabaja primariamente con el presente, tanto el presente externo -las vivencias del paciente fuera de la consulta, sus sentimientos, interpretaciones de la realidad, sentimientos, etc.- como el presente interno a la sesión, el análisis de la transferencia, que es lo más específico de esta terapia. La transferencia se ve hoy de forma diferente. Debido sobre todo a las aportaciones de la escuela intersubjetiva desde dentro del psicoanálisis (Orange, Atwood y Stolorow, 1997), la transferencia se ve como el análisis de la relación especial creada en el marco terapéutico por el encuentro de dos subjetividades, la del paciente y la del terapeuta. Una relación que evidentemente no es simétrica, porque el terapeuta guarda su intimidad y todo el encuadre de la terapia provoca que sea el paciente el que manifiesta de múltiples formas, su manera específica de relacionarse, las creencias, interpretaciones, sentimientos específicos que pone en juego en una relación que llega a ser de gran intimidad y significado para él. Con lo cual la sesión se convierte en un laboratorio donde todos estos fenómenos son analizados en vivo

Hemos dicho que el psicoanalista Spence (1982) denunció el realismo ingenuo de la visión de Freud sobre la terapia, concretamente la metáfora que éste usaba al referirse al psicoanalista como un arqueólogo, que iba descubriendo objetos del pasado y así iba reconstruyendo el pasado real. Sobre este tema otro autor, Strenger (1991) aporta otra metáfora que resulta brillante para imaginar el papel del terapeuta psicoanalítico de nuestra época: el analista como *metahistoriador histórico*.

La función del analista es estudiar las modalidades de actuar, sentir y pensar del paciente, subjetivamente determinadas. En primer lugar por la información que el mismo paciente le aporta, explícitamente por su relato o implícitamente en su forma de hablar y comportarse, y en segundo lugar intentando descubrir el camino a contenidos mentales inconscientes y las modificaciones defensivas que influyen en el funcionamiento mental del paciente.

Para detectar estas influencias que no son asequibles directamente, se está atento a si implican alguna medida de impropiedad o irracionalidad en la conducta del paciente -entendiendo la conducta en su sentido más amplio, incluyendo estados mentales. Y para hacer esta valoración, el analista usa una capacidad que tiene que ver con el conocimiento implícito que los miembros de cada cultura tienen en virtud de su propia socialización. Sabemos qué conductas y emociones son apropiadas en las circunstancias cotidianas, y sobre esa base juzgamos lo que puede considerarse apropiado o no en una situación determinada.

Precisamente porque él mantiene su anonimato y una posición de máxima distancia, precisamente porque no se muestra, su persona se vuelve caldo de cultivo para las proyecciones del paciente, por tanto a través de la transferencia adquiere conocimiento de primera mano de éste.

Por tanto, las habilidades del analista no son otras que las habilidades implicadas en la psicología del sentido común, solo que son capacidades especialmente refinadas y trabajadas por los tres marcos que se consideran fuente de la formación clínica: la propia terapia, la supervisión de casos y la formación teórica. Esta última le aporta una serie de teorías sobre cómo funciona el psiquismo humano -tipos de moti-

Validez epistemológica de la de la técnica actual

vaciones, de ansiedades, de defensas, tipos de creencias y formas de interpretar la realidad, modos de interrelación, etc. Pero estas teorías no funcionan como algoritmos, no son leyes fuertes del mismo orden que las que pueden encontrarse en las ciencias naturales.

Como hemos dicho, para Strenger (1991) el analista es como un metahistoriador: al igual que un historiador estudia un documento de un narrador de la época que investiga, y trata en ese estudio de diferenciar las interpretaciones del autor del documento, de los hechos reales que narra, del mismo modo el analista trabaja con significados, trabaja con hechos presentes y pasados de la vida del paciente *tal y como son concebidos por éste*. Significados que en gran parte son inconscientes pero son causa de modos específicos de pensamiento, reacciones emocionales y conductas.

Esta metáfora lleva a Strenger a comparar el psicoanálisis con otras disciplinas reconocidas como la antropología, la historia o la psicología social. Nadie diría que estas disciplinas no tienen validez epistemológica porque no siguen las reglas de las ciencias naturales. Evidentemente, trabajan con significados y estos las hace diferentes. Pero la cuestión es que el método científico no es la única forma racional de pensar, ya que como dice el autor, la racionalidad y la ciencia no son coextensivas. El método clínico no puede por tanto considerarse un método científico en el sentido de la física, no es un método experimental, pero sí es un método racional, y como tal, válido para el debate y la argumentación rigurosa, como cualquiera de las otras disciplinas humanas.

Precisamente lo que caracteriza al método usado las disciplinas humanas no es la objetividad, sino lo que Strenger llama *principio de humanidad*, fundamento que es el mismo que el que dan las interpretaciones "simulacionistas" de la Teoría de la Mente, o lo filósofo de la mente Dennett (1987) llama *actitud intencional*, esto es, la suposición de una humanidad común entre el observador y el objeto que se observa. La hermenéutica de Gadamer aporta aquí todas las claves para entender el fenómeno. Es la *intersubjetividad*, y no la objetividad, lo que fundamenta el método clínico.

Sin embargo, también se trata con datos objetivos. Frente a la acusación de que los tratamientos dinámicos se basan en la sugestión, no

hay que olvidar que a cada intervención del terapeuta, el paciente es el que asocia, el que produce material, y ese material está causado por su reserva de recuerdos, fantasías, sentimientos o reflexiones. Hay por tanto un límite para el poder sugestivo del analista, consistente en que la influencia de éste siempre hay que relacionarla con el material que el paciente provee, y el paciente a su vez no puede aportar ninguna asociación que no tenga.

Surge aquí una cuestión que ha sido también argumento para críticos del método clínico en general: la de las múltiples escuelas terapéuticas, las múltiples interpretaciones a un mismo material. Ante este hecho, la respuesta de que es el éxito terapéutico lo que decidirá cuál es la orientación más adecuada no resuelve la cuestión, ya que los estudios estadísticos sobre el tema muestran que, si bien los sujetos que reciben algún tipo de psicoterapia presentan mejoría sobre los que no la reciben, no se evidencia que ninguna técnica terapéutica sea mejor que otra. Frente a esto, Strenger (1991) aporta una solución que huye del dogmatismo de pensar que sólo uno está en lo cierto y los demás equivocados, pero también huye del relativismo que implica darle el mismo valor a cualquier aproximación, incluso siendo estas contradictorias. El autor propone la solución *pluralista*, por la cual un mismo objeto -el paciente- puede ser visto desde diferentes perspectivas, y todas ellas pueden reflejar una verdad parcial, con lo cual no necesariamente la verdad ha de ser una y las demás erróneas. Pero por supuesto, tampoco esto implica que todas las aproximaciones sean igualmente válidas u oportunas en un determinado momento. Ver que el problema central de un paciente puede ser conflictos entre deseos inconscientes, o bien su incapacidad para experimentar su self plenamente, dependerá de cuál sea la orientación. Las diferentes interpretaciones y teorías en que se sustentan, más que ser verdaderas o falsas, son más o menos abarcadoras, ricas o útiles, y las diferencias entre unas orientaciones y otras es más bien una cuestión de la filosofía o visión del ser humano subyacente a cada modelo.

Conclusión

Hemos planteado aquí que el psicoanálisis está preparado para ser integrado en el campo de la psicología de la personalidad como uno más de los campos del saber. Cuando hablamos de psicoanálisis, sin embargo, estamos unificando y homogeneizando lo que en realidad son hoy día una multiplicidad de escuelas que se diferencian en cuestiones teóricas y técnicas clínicas. La visión que aquí hemos ido desarrollando se caracteriza por ser, dentro de esta amalgama, una línea especialmente abierta e interesada en la interdisciplinariedad. De hecho, se realizan cada vez más estudios con el objetivo de incorporar visiones externas al psicoanálisis para hacer avanzar el conocimiento.

Pero, por otro lado, la cuestión de ser adogmático o ser estereotipado no es, como resalta Strenger (1991), una cuestión de serlo siempre o nunca, sino que los psicoanalistas, ni más ni menos que los profesionales de cualquier otra escuela, tenemos momentos de mayor apertura mental y sentido crítico y autocrítico y otros de mayor dogmatismo, que tienen que ver con la inseguridad ante un determinado retos, o con la postura defensiva frente a críticas externas.

En los tiempos actuales, está claro que ningún paradigma puede ofrecer progreso del conocimiento si no es desde una perspectiva interdisciplinar (Morín, 1992), esta es la idea que hemos querido resaltar aquí. Pero para que una integración se dé, hace falta que ambos campos compartan voluntad de hacerlo.

Desde el campo del psicoanálisis hemos visto que existen líneas muy interesadas en ello, lo que queda cada vez más reflejado en la literatura dentro del área. Se trata de adoptar una visión integradora no solo en horizontal, frente a las diversas aproximaciones que en el presente existen sobre la personalidad, sino también en vertical, es decir, integrando las aportaciones de autores que a lo largo del pasado siglo han ido ofreciendo conceptos que siguen siendo útiles, desembarazados de aspectos que pueden estar más relacionados con visiones propias del momento histórico en que surgieron. La integración, por otra parte, no tiene nada que ver con el eclecticismo, con la postura relativista del todo vale, sino con el análisis pormenorizado de lo que es válido y pertinente en cada situación como factor explicativo.

BLEICHMAR, H. *Angustia y fantasma. Matrices inconscientes en el más allá del principio del placer*, Madrid: Adotraf, 1986.

BLEICHMAR, H. *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*, Barcelona: Paidós, 1997.

BLEICHMAR, N.M. Y LIEBERMAN DE BLEICHMAR, C. *El psicoanálisis después de Freud, teoría y clínica*, México: Edeia, 1989.

BOWLBY, J. *Vínculos afectivos, formación, desarrollo y pérdida*, Madrid: Morata, 1986.

CAPRARA, J.V. Y CERVONE, D. *Personality. Determinants, Dynamics, and Potentials*, USA: Cambridge University Press, 2000.

CLYMAN, R.B. *The Procedural Organization of Emotions: A Contribution From Cognitive Science To The Psychoanalytic Theory Of Therapeutic Action*, J. Amer. Psychoanal. Assn, n° 39 (Suplemento), pp. 349-82, 1991.

DAMASIO, A. R. *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*, Barcelona: Crítica 1996.

_____. *La sensación de lo que ocurre. Cuerpo y emoción en la construcción de la conciencia*, Madrid: Debate (2001)

DAVIS, J.T. "Revising psychoanalytic interpretations of the past. An examination of declarative and non-declarative memory processes", *International Journal of Psychoanalysis*, n° 82, pp. 449-462, 2001.

DENNETT, D. C. *La actitud intencional*, Barcelona: Gedisa, 1998.

DÍAZ-BENJUMEA, L.J. *Procesos representacionales y simbólicos en el psicoanálisis a la luz de la psicología actual*. Tesis Doctoral inédita, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2001.

FODOR, J. A. *La modularidad de la mente*, Madrid: Morata 1986.

FREUD, S. (1915a), *Lo inconsciente*, *Obras completas*, tomo II, tercera edición, Madrid: Biblioteca Nueva, tercera edición, 1973.

FREUD, S. (1915b), *La represión*, *Obras completas*, tomo II, tercera edición, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

FREUD, S. (1923), *El Yo y el Ello*, *Obras completas*, tomo III, tercera edición, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

FREUD, S. (1926), *Inhibición, síntoma y angustia*, *Obras completas*, tomo III, tercera edición, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

FROUFE, M. *El inconsciente cognitivo. La cara oculta de la mente*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.

Referencias bibliográficas

GARDNER, H. *Estructuras de la mente. La teoría de las múltiples inteligencias*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

GAZZANIGA, M. S. *El cerebro social*, Madrid: Alianza, 1993.

KLEIN, M. *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, 1967.

KOHUT, H. *Análisis del self*, tercera edición, Buenos Aires: Amorrortu, 1989.

LEDOUX, J. *El cerebro emocional*, Barcelona: Planeta, 1999.

LICHTENBERG, J. D. *Psychoanalysis and Motivation*, Hillsdale: NJ, The analytic Press, 1989.

LYONN-RUTH, K. *El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional*, Aperturas Psicoanalíticas, <http://www.aperturas.org>, n° 4, 2000.

MORIN, E. *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Gedisa, 1997.

ORANGE, D.M., ATWOOD, G.F. Y STOLOROW, R.D. *Working Intersubjectively. Contextualism in Psychoanalytic Practice*, Hillsdale: The Analytic Press, 1977.

PERVIN, L.A. *La Ciencia de la Personalidad*, Madrid: MacGraw-Hill, 1998.

RIVIÈRE, A. *Objetos con mente*, Madrid: Alianza, 1991.

RIVIÈRE, A. y NÚÑEZ, M. *La mirada mental*, Buenos Aires: Aique, 1996.

RUIZ VARGAS, J. M. *La memoria humana. Función y estructura*, Madrid: Alianza, 1994.

SANFÉLIX, V. *Persona y cosificación (A propósito del sentido práctico de la revolución cognitiva)*, en *Pensando la mente. Perspectivas en filosofía y psicología* (com. P. Chacón y M. Rodríguez), Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.

SPENCE, D. P. *Narrative truth and historical truth. Meaning and Interpretation in Psychoanalysis*, Nex York: Norton, 1984.

STERN, D. N. *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*, Barcelona: Paidós, 1901.

STERN, D.N., SANDER, L.V., NAHUM, J.P., HARRISON, A.M., LYONS-RUTH, K., MORGAN, A.C., BRUSCHWEILER-STERN, N. Y TRONICK, E.Z. *Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic the-*

rapy. The 'something more' than interpretation, *International Journal of Psychoanalysis*, n° 79, pp. 903-921, 1998.

STRENGER, C. *Between hermeneutics and science: An essay on the epistemology of psychoanalysis*, second printing, Madison, Board: International Universities Press., 1994.

WESTEN, D. The scientific status of unconscious processes: is Freud really dead?, en *Journal of the American Psychoanalytical Association*, n° 47, pp. 1161-1106, 1999.